

SERMON
DE SANTA CATALINA DE BOLONIA.

(DE TRENTO.)

Vidimus gloriam ejus.

Vimos la gloria de él.

S. Juan, c. 1. v. 14.

Intento, señores míos, con las citadas palabras echar el contrapunto á la voz armoniosa de aquel angélico citarista, que fué el primero que al arpa de oro cantó las alabanzas é hizo el panegírico de aquella santa, cuya anual fiesta celebramos hoy con la mayor solemnidad; quiero decir, de vuestra santa y gloriosísima Catalina. Debeis traer á la memoria aquel famoso éxtasis ó vision por la que reducida á una enfermedad mortal, privada improvisamente de sus sentidos y arrebatada en espíritu, fué conducida á un espacioso y hermosísimo prado, adornado y brillante por todas partes de bellezas inmortales é imperceptibles para la mente humana. En medio de la hermosa y deliciosa campaña, en un trono mucho mas brillante que el sol y con un aspecto verdaderamente de príncipe afable y al mismo tiempo excelso, estaba sentado el mismo Dios, rodeándole y acompañándole en pié una multitud infinita de santos y ángeles distribuidos en innumerables escuadrones; cuando hé aquí que apartándose de su escuadron uno de los ángeles, se salió á cierto espacio que habia desocupado en medio, se paró delante del solio mismo del príncipe, y tomando la sonora arpa comenzó tocándola con la mayor dulzura á cantar y á repetir muchas veces aquel divino versículo, *su gloria se verá en tí* (1). Oyendo la santa tan suavísimo canto, no cabia en sí de

(1) *Gloria ejus in te videbitur. Is. c. 60. v. 2.*

contento y le parecía que ya era bienaventurada en el cielo, cuando el Señor mismo alargando el brazo derecho desde su brillantísimo trono, la tomó de la mano y sosteniéndola dijo: Escucha atentamente, hija, lo que dice este canto y hazte cargo de ello, pues se habla de tí. Despues de esto desapareció la vision. No me detendré á hablaros del consuelo y ánimo que dió ella á la santa, la cual sanó inmediatamente y estuvo extática muchos dias contemplando el canto y las voces que habia oído, y solamente me pongo á considerar el motete cantado por el ángel, *su gloria se verá en tí*, al cual contrapongo este otro, *hemos visto su gloria* (1). El Espíritu celestial habló de una gloria que se vería en Catalina, y yo hablo de una gloria que en Catalina se ha visto ya, y es aquella gloria misma del Señor, por la cual cantó, *su gloria se verá en tí*. Hemos visto su gloria, porque ya se entienda de la gloria del alma, ya se entienda de la del cuerpo, una y otra se manifestaron en ella, habiendo tenido Catalina un ensayo anticipado de ambas. Así es, oyentes míos. Ó se entienda de la primera, y digo que el alma de Catalina aun estando viva participó de un ensayo de aquella gloria que no se debía á Catalina hasta despues de muerta, lo cual será el primer punto: ó se entienda de la segunda y digo que al cuerpo de Catalina ya difunta, se anticipó un ensayo de aquella gloria que no se debía á Catalina sino resucitada, lo cual será el segundo. Vos, ó amada santa, que aprendisteis de un ángel á tocar el arpa, enseñadme á mí ahora á celebrar dignamente vuestros méritos y vuestras virtudes, y daré principio.

No quisiera, señores, que os engañaseis ahora y que por asegurar yo que fué anticipado á Catalina aun estando viva un ensayo de aquella gloria que no se la debía hasta despues de muerta, creyeseis que estaria exenta de los pesares, afanes y contiendas de esta nuestra infelicísima vida, de suerte que sin pasar por aquel camino de las tribulaciones que aquí en la tierra conduce las almas á la santidad, se la hubiese hecho de una vez partícipe de todo aquel gozo que constituye bienaventuradas las almas en el cielo. Por el contrario, así como lo que formó el carácter del santo de los santos Jesucristo, fué la admirable union de comprensor que gozaba de su gloria en su pa-

(1) *Vidimus gloriam ejus. Joan. c. 1. v. 14.*

tría y de viador que padecía nuestras penas en este destierro; así á proporcion la misma admirable union es la que forma el carácter de los demas santos y que formó tambien el carácter de Catalina, sin lo cual hubiera podido ser muy favorecida, pero no muy santa, hubiera podido ser muy rica de dones, pero no de virtudes. Así no permita Dios que vosotros penseis jamas tal cosa. Mas parémonos ántes de pasar de aquí, porque me parece que fijando el Señor la vista en ella y registrando hasta lo mas íntimo de su alma, la dice con las palabras del esposo de los sagrados cantares: ¡O cuán bella eres á mis ojos! Eres una y mil veces bella: bella por lo que muestra el semblante y bella por lo que oculta el corazon (1).

En efecto un jardín alegre y ameno de innumerables y hermosísimas flores de heroicas y singulares virtudes, hubiera podido llamarse aquella alma venturosa; pero era inaccesible por todas partes á causa de tenerlo ella muy bien cerrado (2). Muy bien cerrado digo, segun la exposicion de los santos padres Gerónimo y Bernardo, con una profunda humildad que no dejaba transpirarse nada, y con una firme confianza en Dios que á Dios solamente queria manifestar, prometiéndoselo todo de él solo. Y ¡ó cuán grande era su confianza! Lo era tanto, que aunque la faltaban todos los subsidios humanos, aunque no tenia solar para construir su monasterio, ni auxilios para edificarlo, ni para mantenerlo, aunque se veía en peligro de cegar ó de enfermar por obedecer, no perdía sus esperanzas, y por el contrario así como el viento sirve al fuego para encenderlo mucho mas, así la servian á ella todas las contrariedades para cobrar mucho mayores ánimos. Pues ¿y su humildad? Yo no tendria seguramente expresiones para explicarla, si ella misma no me las hubiese dado. Escuchad cómo hablaba la santa de sí misma. ¡O desdichada de mí que soy un abominable receptáculo de todos los vicios! Yo soy soberbia, arrogante, murmuradora y envidiosa: yo sirvo de impedimento y de obstáculo para que el mundo goce todo el bien de que está privado, y al mismo tiempo soy la causa de todo el mal que lo inunda. ¿Qué lugar se encontrará para mí ó en el cielo, ó en la tierra, ó en los abis-

(1) *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es... absque eo, quod intrinsecus latet. Cant. 4. 1.*

(2) *Hortus conclusus soror mea... hortus conclusus. Ibid. v. 12.*

mos? No en el cielo que yo no debo contaminar ni aun con mis miradas, no en la tierra que es un teatro de la divina gloria, ni tampoco en el infierno, porque aquí en cualquiera parte por oscura y tenebrosa que sea, se exalta la justicia de Dios. En mí, pues, es necesario que yo me quede confundiéndome en mí misma, puesto que no hay lugar mas hediondo y digno de mí que yo misma. Considerad ahora, si podria tener nadie entrada en aquel huertecito tan celosamente custodiado y cerrado. Pues bien, exclama el esposo, una vez que nadie puede tener noticia de las riquezas de este huerto, ni ver, ni observar con sus propios ojos la hermosura ni abundancia de sus flores y frutos, espárzase á lo ménos por todo al rededor del impenetrable recinto y fuera de la cerca la fragancia y el olor. Parta del helado septentrion un furioso viento que agitando y meneando todas las plantas de tan rico y bello jardín, haga correr ya rarefacto con mi templado austro una aura divina que lleve hasta muy léjos en sus veloces alas el suave hálito de sus olorosos aromas. Levántate, cierzo, y ven austro, se dice en los cantares: sopla en mi huerto y corran sus aromas; (1) esto es, como lo interpretan los santos Ambrosio y Gregorio Niceno, levántese la tribulacion, levántese la tentacion, levántese por dentro la tristeza del corazon y por fuera la persecucion del mundo y del demonio haciendo resaltar la santidad. Levántate, pues, cierzo, y pruebe ella los esfuerzos de Satanas, dirigidos á separar la compañía que ha de servir de basa para la nueva ereccion del convento en Ferrara: oígalo muchas veces por la noche dar vueltas y grandes alaridos como un mastin rabioso ó un leon hambriento, y vea finalmente con extremado dolor disolverse y separarse por los fraudes de él la devota compañía. Levántate, cierzo, y vengan á oprimirla y atormentarla terribles tentaciones de horrorosas culpas, como de arrogancia, de murmuracion, de maldicion y de infidelidad. No la dejen estas ni de dia ni de noche en el espacio de cinco años enteros, y tanto mas se aumenten su vigor y fortaleza, cuanto mas procure rechazarlas con asistir á la santa misa y con frecuentar los divinos sacramentos. Transfórmese en ángel de luz el mismo astuto y diabólico tentador, y apareciéndose á

(1) *Surge Aquilo, et veni Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius. Cant. 4. v. 16.*

ella, ya en figura de la Virgen, ya en figura de Jesus crucificado, procure con el pretexto de conducirla á la mayor perfeccion precipitarla en la última desesperacion. Levántate, cierzo, y por muchísimos años en la separacion de Dios su sumo bien, en la ceguedad de su entendimiento, en la estupidez del corazon, y en la afliccion y desconsuelo de toda el alma, experimente los tormentos y agonías de un alma dejada y abandonada. Levántate, cierzo; pero al mismo tiempo corran los aromas, y en la grande tolerancia de tantos males y en el ejercicio de una resignacion la mas sumisa, de una humildad la mas profunda y de una caridad la mas fervorosa, aparezcan el valor invicto, la firme constancia, la fuerza y la virtud prodigiosa de un alma aunque muy desconsolada. Y entre tanto ¿cuántas veces exclamaria Catalina en su corazon con el apóstol Pablo: ¿quién me libertará algun día de este cuerpo mortal, para que desengañado mi espíritu de los lazos terrenos, vuele al seno de su Dios (1)? Y á la verdad yo creo que la santa pensaria haber llegado la hora, cuando habiendo descendido del paraíso algunos escuadrones de ángeles, la cantaron al oido aquel divino trisaño Santo, Santo, Santo (2) con tan dulce melodía que su alma estaba ya casi dispuesta para volar al cielo. Pero no, Catalina, no han venido para conducirte al cielo, sino mas bien para traerte el cielo á tí misma. Y ¡ó qué recíproco comercio empezó á haber entónces entre ella y el paraíso! Ya se han abierto las puertas de esta santa ciudad, y desde arriba hasta la pobre celda de Catalina veo ir y volver, bajar y subir los ciudadanos del cielo. Quien viene á ser su maestro, como un Tomas Canturiense, quien se la presenta en traje de peregrino, como José el esposo de María, y quien se ofrece á su vista rodeado de gloria, como un Juan Fosignano. Aunque esté ocupada como las compañeras en los negocios y haciendas domésticas del monasterio, y aunque hable, discurra y trabaje con ellas, vendrá en semejantes circunstancias á saludarla con mucha familiaridad María santísima y á honrarla con su visitas, por las cuales podrá decir siempre con verdad que aun habitando aquí en la tierra ha gozado de su conversacion allá arriba en el cielo (3).

(1) *¿ Quis me liberavit de corpore mortis hujus? Rom. c. 7. v. 24.*

(2) *Sanctus, Sanctus, Sanctus. Apoc. 4. etc.*

(3) *Nostra conversatio in caelis est. Philip. c. 3. v. 20.*

Así pues, ¿cuántas ilustraciones celestiales, cuántos elevadísimos conocimientos, cuántas portentosas apariciones y cuántas divinas revelaciones no llovieron desde el cielo en aquella alma venturosa? No hablo de aquellas por las que estando en Ferrara fué arrebatada maravillosamente en espíritu, para ver ya las solemnísimas fiestas que se hacian en Roma por la canonizacion de san Bernardino de Sena, ya las lastimosas derrotas que padecian los ejércitos de los Griegos por las armas de los Bárbaros allá en el oriente, y ya las insignes victorias que vosotros, magnánimos Boloñeses, conseguiais en el occidente; sino de aquellas por las que fué ensalzada con un sublime y clarísimo conocimiento de la inefable y divina Esencia y de los misterios de nuestra Religion. ¿Qué misterio enteramente impenetrable para el entendimiento humano, y solamente digno de adoracion para nuestra fe, no es el misterio de la Eucaristía? Pues sin embargo Catalina llegó á comprenderlo con tal claridad, que no solo penetró cómo estaba en aquel pan ázimo y sacramental su Dios, á quien oyó hablar verdaderamente desde la sagrada hostia; sino que tambien comulgando y recibéndolo gustó sensiblemente del inexplicable y celestial sabor de la purísima é inmaculada sangre del divino Cordero. Misterio imperceptible es el de la union hipostática de las dos naturalezas divina y humana hecha en la Encarnacion del Verbo, y no obstante Catalina comprendió bien y distintamente cómo se efectuó esto por obra del Espíritu santo en el seno de una virgen. Y ¿qué misterio hay mas incomprendible y mas oscuro para los mortales viadores que el de la augustísima Trinidad? Solamente la eterna é infinita lumbre de gloria que debe romper en los ojos del alma todos los velos que ha puesto sobre ella la fe, y explicar asimismo todos los enigmas, puede bastantemente aclararlo é ilustrarlo; pero con todo Catalina siempre que queria y sin tener que valerse de ningunos medios, como protestó ella misma (1), iba en derechura, por decirlo así, á embestirle, y le veía y comprendia. No me preguntéis cómo ni cuánto, pues yo no lo sé. Aunque sean verdaderas estas palabras, no me verá el hombre y vivirá (2), Catalina pudo dejar escrito de sí: yo lo ví; y si otros santos no encontrando en ninguno de los objetos que les presentan el cielo y la tierra, por hermosos y brillantes que

(1) *Sine ullo medio.* (2) *Non videbit me homo, et vivet. Exod. c. 33. v. 20.*

sean, cosa que pueda detener su vista, exclaman con el Profeta : contigo habló mi corazón, mi rostro te buscó y tu rostro buscaré, Señor (1); esto es: es bello el sol, pero no es Dios, son bellas las estrellas, pero no son Dios, es bella también la flor del campo, es bello lo verde de los collados y es bello lo azul del cielo, pero no son Dios: vuestro semblante, Señor, vuestro rostro descubierto es lo que únicamente quiero ver: Catalina pudo añadir: yo lo ví y lo comprendí por la gracia de Dios. Considerad ahora cuántas serían las revelaciones, y cuántos los éxtasis y raptos con que fué ensalzada aquella alma. Fueron tantos que pudo escribir un volumen entero de ellos, y al mismo tiempo fueron tales y tan singulares, que si hubiese querido, por decirlo así, condescender á sus convites, hubiera sido mas el tiempo que hubiera estado enajenada y fuera de sí que el que hubiera estado, como ella decia, con otras y consigo.

Inferid vosotros de esto cuál sería en un alma que conocia y entendia tanto de Dios, el amor á Dios. Pero ahora quisiera yo para explicarlo ó la lengua de Catalina, ó el corazón de algun serafin, que pudiendo comprender en la vision intuitiva de Dios los esfuerzos, estaba por decir, intuitivos de Catalina, puede comprender en el amor el amor. Lo que ella pudo decir con toda verdad, fué que no tuvo nunca otra mira mas que la de hacer la voluntad de Dios y la de amarle con un perfectísimo amor, que todo su cuidado y todos sus esfuerzos se dirigian á esto, y que nada la importaba ser despreciada y aborrecida de todo el mundo con tal que hubiese amado á Dios. De aquí provenia el hallarse tan transformada felizmente en Dios, que Dios habia llegado á ser todas las cosas de ella. Dios era su delicia, Dios su cuidado, Dios su pensamiento, y así no sabia hablar mas que de Dios, ni por otros mas que por Dios, ni con otros mas que con Dios. Dios respiraba en todas sus acciones, á Dios buscaban todas sus miradas y á Dios se dirigian todos sus suspiros. En una palabra, todo lo que se traslucia en Catalina era Dios, porque Catalina no vivia ó no se alimentaba mas que de Dios. Mi vida es mi Jesucristo, no cesaba de decir, mi vida es mi Jesucristo. Y ¿no es esta aquella amorosa transformacion que hace bienaventurados á los bienaventurados en el cielo? ¿No es esto lo

(1) *Tibi dixit cor meum, exquisivit te facies mea: faciem tuam Domine requiram. Ps. 26. v. 8.*

mismo que dijo aquel hombre que fué arrebatado al tercer cielo, despues de haber sido arrebatado? Unid, oyentes míos, en un mismo concierto estas dos almas que harán muy bella armonía: de una parte Pablo y de la otra Catalina. Oid cuán acordes van. Vivo, canta Pablo, mas no vivo, pues vive Cristo en mí (1). Mi vida es mi Jesucristo (2), responde Catalina, y ambos vienen á recaer en una misma nota, y es que la vida con que subsisten, no es aquella vida con que subsisten los demas, porque á aquella alma por la cual viven los demas, se ha sustituido en cierto modo Cristo, del cual solamente saben vivir ó alimentarse (3). En esta suposicion no será de admirar lo que por otra parte causó á todos tanto asombro; es á saber, que Catalina estando todavía en mantillas pudiese pasar dos y tres dias enteros privada de la leche, sin derramar por esta causa ni una lágrima, sin dar ni un grito ni aun un gemido. Esto era á mi entender, porque desde entónces comenzaba ella á vivir de aquella vida que no de un alimento terreno y material, sino tan solo de Dios se nutre y se sustenta.

Mas para haceros ver, amados fieles, que fué anticipado al alma de Catalina aun siendo viadora un ensayo de aquella gloria que no debia gozar hasta que hubiese muerto y fuera bienaventurada en el cielo, no he apuntado todavía lo mas ni recordado lo mejor. Sombras sagradas y venerables de aquella venturosísima noche en que despuntó y apareció al mundo cubierto con la nube de su humanidad el divino Sol de justicia, en vano procurais ocultarnos con vuestra silenciosa oscuridad, lo que ya nos manifiesta y pone á la vista la brillantísima y copiosa lluvia de luz, que inunda el aire y trae aquí un nuevo dia. Por aquel camino de luz veo bajar del paraíso una infinita multitud de ángeles y á la misma reina de los ángeles, llevando en sus brazos á su amabilísimo y divino niño cual le parió en tal noche. Ah, Catalina ¿dónde estas? Id pronto á llamarla á su celda, adonde tal vez se habrá retirado á esta hora con las demas á descansar. Mas no está. Habiendo obtenido permiso de la superiora para pasar aquella noche en el coro en oracion; cómo está allí derritiéndose en la contemplacion de los dulcísimos misterios que la recuerda tan grande solemnidad! Cuán ardien-

(1) *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Christus. Gal. II. 20.*

(2) *Vita mea Christus meus.* (3) *Vivo autem, etc. Vita mea, etc.*